

LA CUARTA PROSA

OSIP MANDELSTAM

TRADUCCIÓN DE JESÚS GARCÍA GABALDÓN



La cuarta prosa fue dictada por Mandelstam a su mujer en el invierno de 1929. Se publicó por primera vez en la Unión Soviética en 1988. Se trata de una pequeña pieza maestra de furia literaria en 16 actos; de la más irreverente, intimadora prosa escrita en lengua rusa. Es un prolongado grito de dolor y de rabia; es a la literatura como la cuarta dimensión a la física: algo que va más allá de lo existente, del espacio tridimensional. Algunos críticos, como M. Yureva, han creído interpretar el título como "la última prosa". Otros, partiendo de la consideración histórica de Moscú como la tercera Roma, han relacionado La cuarta prosa con la "cuarta Roma", es decir, algo que no existe. Otros con el "cuarto estamento". Sea como fuere, La cuarta prosa existe. Durante muchos años, se hizo muy famosa en la Unión Soviética propagándose en copias de samizdat (autoedición clandestina). Para Anna Ajmátova, es "una prosa no oída, olvidada, que sólo ahora comienza a abrirse paso al lector, pero que yo continuamente oigo, sobre todo a los jóvenes, a los que enloquece. Es una prosa única en el siglo XX".

J.G.G.

1

Veniamin Fedorovich Kagan¹ abordó este asunto con la sabia prudencia de un mago y matemático newtoniano de Odessa. Toda la actividad conspiratoria de Veniamin Fedorovich se basaba en los infinitesimales. Veniamin Fedorovich veía la ley de la salvación en los pasos de tortuga.

Él se permitía a sí mismo despojarse de su armazón profesoral, acudía al teléfono a todas horas, no renunciaba a nada, no rehusaba nada, pero, por encima de todo, demoraba el curso peligroso de la enfermedad.

La presencia del profesor y matemático en el increíble asunto de la salvación de cinco vidas por vías comprensibles, completamente insignificantes e integrales, denominadas "gestiones", mereció la aprobación general.

Isaías Benedictovich² se comportó desde el principio como si se tratara de una enfermedad contagiosa, infecciosa, del género de la escarlatina, ya que a él —a Isaías Benedictovich— también le podían fusilar. Hizo las gestiones Isaías Benedictovich sin ningún resulta-

do. Era como si él fuera de doctor en doctor implorando una rápida desinfección.

Si se le hubiera dado carta blanca a Isaías Benedictovich, habría tomado un taxi y habría recorrido Moscú sin rumbo fijo, sin plan alguno, imaginando algún ritual.

Isaías Benedictovich repetía y recordaba a todas horas que en Petersburgo se había quedado su mujer; él incluso la había reclutado en calidad de secretaria: una pequeña, severa, sensata y familiar compañera que ya tenía favores con él, con Isaías Benedictovich.

Abreviando: al dirigirse a diferentes rostros en diferentes tiempos, Isaías Benedictovich hacía como que se vacunaba contra el fusilamiento.

Todos los familiares de Isaías Benedictovich murieron en camas de nogal hebreas. Igual que un turco va a la piedra negra de la Kaaba, este burgués de Petersburgo —descendiente de rabinos de sangre patricia, familiarizados, gracias a las traducciones de Isaías, con Anatole France—, peregrinaba por los balnearios tras las huellas de Turgueniev y Lermontov, preparándose una cura para el pasaje al más allá.

En Petersburgo, Isaías Benedictovich vivía como un francés piadoso, comía su *potage*, escogía a sus inofensivos conocidos como los trozos de pan en una sopa, y andaba, de acuerdo con su profesión, entre dos acaparadores de un baratillo de traducciones.

Isaías Benedictovich fue bueno sólo al comienzo de las "gestiones", cuando tuvo lugar la movilización o, por así decirlo, la angustia de la guerra. Después perdió el color, se debilitó, sacó la lengua afuera y sus propios familiares, a escote, le enviaron de vuelta a Petersburgo.

Siempre me ha interesado la cuestión de dónde saca un burgués el asco y la así llamada honradez. La honradez emparenta al burgués con las bestias. Muchos miembros del Partido descansan en la sociedad de los burgueses debido a que los adultos necesitan relacionarse con niños de mejillas sonrosadas.

Un burgués, por supuesto, es más inocente que un proletario, está más cerca del mundo uterino, más cerca del niño, del gatito, del ángel, del querubín. En Rusia hay muy pocos burgueses inocentes y eso tiene mala influencia en las digestiones de los verdaderos

revolucionarios. Hay que conservar a la burguesía en sus rasgos inocentes, hay que practicar sus aficiones, mecerla en los muelles de un autobús, envolverla en el sobre de un sueño ferroviario blanco como la nieve.

2

El niño, con botines de piel de cabrito, abrigo de terciopelo, embadurnado, con las sienes peinadas, está rodeado de su "mamá", de su "abuelita" y de su niña. Y junto a él, está el pinche o el pequeño cochero, chicos de la finca. Y toda esta jauría de arcángeles ceceantes, ululantes, cuchicheantes, empuja al señorito:

—¡Ven, Vasenka, ven!

Ahora Vasenka viene y las viejas doncellas —sapos infames— empujan al señorito y sujetan al pequeño cochero tiñoso:

—¡Ven, Vasenka, ven! Y mientras, nosotras sujetamos al de pelo negro y mientras nosotras bailamos alrededor.

¿Qué es esto? ¿Un cuadro de costumbres al estilo de Venetsianov? ¿Un estudio de un pintor de la servidumbre? No. Es un entrenamiento de los cachorros desgreñados del *Komsomol*,⁴ bajo la dirección de las "mamás", las "abuelitas" y las "niñeras" agitadoras, para que él, Vasenka, patalee, venga y mientras nosotras sujetemos al de pelo negro y mientras nosotras bailemos alrededor:

—¡Ven, Vasenka, ven!

3

Una muchacha coja se acerca a nosotros desde la calle, larga, como una noche sin tranvía. Aparta su muleta y se apresura a sentarse, para parecerse a los demás.

¿Quién es esa virgen? Es la caballería ligera.⁵

Nos disparamos unos a otros cigarrillos y corregimos nuestras *chinoiseries*, cifrando en fórmulas animales y cobardes el grandioso, poderoso y prohibido concepto de clase. El miedo animal aporrea las máquinas de escribir, el miedo animal corrige las *chinoiseries* en papel higiénico, garabatea las delaciones, golpea a los derribados, exige que se ejecute a los prisioneros. Como niños que arrojan un gato callejero al río Moskva, nuestros alegres mozalbetes juegan a aplastarse, en el recreo se entretienen estrujando mantequilla. Eh, échate encima, estruja, sí, así, para que no se vea a quién se aplasta, esa es la regla sagrada de los justicieros.

Un funcionario de Ordinka hurtó a una trabajadora. ¡Mátalo!

Una cajera se equivocó en cinco kopeks. ¡Mátala!

Un director firmó tonta y apresuradamente un disparate.

¡Mátalo!

Un campesino escondió centeno en su granero. ¡Mátalo!

Viene hacia nosotros una muchacha arrastrándose en una muleta. Tiene una pierna más corta que la otra y lleva como prótesis un rudo calzo de madera que recuerda a una pezuña.

¿Quiénes somos nosotros? Somos escolares que no aprenden. Somos una caprichosa muchacha del *Komsomol*. Somos unos alborotadores con la bendición de todos los santos.

A Filipp Filippich le dolían los dientes. Filipp Filippich pide hoy la mano, se compromete. Filipp Filippich no fue y no irá a clase. Nuestra concepción del estudio se corresponde con la ciencia igual que la muleta con la pierna, pero eso no nos quita el sueño.

Vine a vosotros, mis amigos artiodáctilos, para golpear con mi pierna de madera en el pasaje amarillo del combinado socialista, creado por la desenfrenada fantasía del audaz administrador Giber⁶ con los elementos de un hotel *chic* en la Avenida Tverskaya, de una oficina nocturna de telégrafos o de teléfonos, del sueño de la felicidad universal, encarnado en un *foyer* permanente con *buffet*, de una oficina sin descansos con oficinistas que saludan, del aire seco de las oficinas de correos y telégrafos que irrita la garganta.

Aquí es la noche ininterrumpida del inventario, bajo las llamas amarillas de las lámparas de una estación de segunda clase. Aquí, como en el cuento de Pushkin,⁷ son coronados el judío y la rana, es decir, tiene lugar la boda ininterrumpida de un lechuguino cabrón, que sueña con el caviar del teatro, con un tipejo de su misma calaña, un asqueroso redactor moscovita que prepara las esquelas del periódico para el lunes, martes, miércoles y jueves; hace susurrar a su sudario periodístico; abre las venas de los meses del año cristiano que todavía conservan su denominación pastoral griega: enero, febrero, marzo...; es el horrible medicastro analfabeto de los sucesos, decesos, efemérides y celebraciones, cuando salpica de una fuente la sangre negra y equina de la época.

4

Comencé a trabajar en el *Moskovskij Komsomolec* directamente desde la caravana serrallo del *Tsekubu*.⁸ Había allí doce pares de soplones, casi todos corrompidos, y una sala de lectura, rehabilitada de una iglesia, sin libros, donde dormían los caracoles en redondos canapés.

El servicio del *Tsekubu* me detestaba por mis cestiillas de paja y porque no soy profesor. De día y de noche, iba a ver las grandes crecidas de agua y confiaba con toda mi alma en que las matriarcales aguas del río Moskova anegarían la docta ensenada de Kropotkin y que pedirían una barca por teléfono al *Tsekubu*.

Por las mañanas bebía crema de leche esterilizada, directamente en la calle, del morro de la botella.

Cogía en la sección de los profesores un jabón de otro y me lavaba por la noche. Ninguna vez fui descubierto.

Llegaron allí gente de Jarkov y de Voronezh. Todos querían ir a Alma-Atá. Me tomaron por uno de los suyos y me pedían consejo para saber qué república era más ventajosa para ellos.

Muchos recibían telegramas de diferentes lugares de la Unión.* Un viejo bizantino fue a Kovno a casa de su hijo.

Por la noche cerraban el *Tsekubu*, como una fortaleza, y yo golpeaba con un palo en la ventana.

Todas las personas honradas recibían en el *Tsekubu* llamadas telefónicas y el servicio les entregaba por la tarde una nota, como la lista recordatoria de un pope. Allí vivía el escritor Grin,¹⁰ al que los empleados le limpiaban la ropa con un cepillo.

Yo viví en el *Tsekubu* como todos, y nadie se metía conmigo, hasta que me fui de allí por mi propia voluntad a mediados del verano.

Cuando me trasladé a un nuevo piso, mi abrigo de piel iba tendido a lo largo de la calesa, como sucede a los que abandonan el hospital después de una larga convalecencia o a los que salen de la cárcel.

5

He llegado a tal punto que, en el oficio de la palabra sólo aprecio las costras, sólo las excrescencias:

y hasta los huesos estaban heridos
por el gemido del halcón en el desfiladero.

Eso es lo que necesito.

Todas las obras de la literatura mundial las divido en autorizadas y escritas sin autorización. Las primeras son escoria y las segundas, aire robado. A los escritores que escriben cosas que serán autorizadas a ciencia cierta, quiero escupirles en la cara, quiero pegarles con un palo en la cabeza y sentarles a todos tras una mesa en la Casa de Herzen,¹¹ poner ante cada uno de ellos un vaso de té de la policía y darles a cada uno en la mano el análisis de orina de Gornfeld.¹²

A estos escritores les prohibiría casarse y tener hijos. ¿Cómo pueden tener hijos? Los hijos deben continuar después de nosotros y completar lo más esencial, en un tiempo en que sus padres se han vendido a un virulento diablo para tres generaciones más.

He aquí una paginilla literaria.¹³

6

No tengo manuscritos, ni cuadernos de notas, ni archivo. No tengo letra, porque nunca escribo. Yo soy el único que en Rusia trabaja con la voz, pero, a mi alre-

dedor, la chusma escribe. ¡Qué escritor del diablo soy yo! ¡Largaos, imbéciles!

En cambio, tengo muchos lápices; todos robados y de distintos colores. Se pueden afilar con una hoja de afeitar Gillette.

La maquinilla de afeitar Gillette, hecha de plástico, con sus bordes afilados y un poco mellados, siempre me ha parecido uno de los artículos más apreciables de la industria del acero. La buena hoja de afeitar Gillette corta como el carrizo, es flexible y no se rompe en la mano, ¿podría ser la tarjeta de visita de un marciano o el billete de un correcto demonio con un agujerito horadado en el medio?

La maquinilla de afeitar Gillette es producto de un trust mortal al que se incorporan como accionistas centenares de lobos americanos y suecos.

7

Soy chino. Nadie me comprende. ¡Jaldi-Baldi! Vayamos a Alma-Atá, donde la gente anda con ojos de uva pasa, donde anda el persa con ojos de huevo, donde anda el sarto con ojos de cordero.

¡Jaldi-Baldi! ¡Vayamos a Azerbaiyán!

Yo tenía un protector: el comisario del pueblo Mravian-Muravian,¹⁴ comisario muraviano de tierras de Armenia, esa hermana menor de la tierra judía.

Una vez me envió un telegrama.

Ha muerto mi protector, el comisario del pueblo Mravian-Muravian. En el hormiguero de Erevan ya no hay un comisario del pueblo.

El ya no irá a Moscú en el vagón internacional, ingenuo y curioso como un cura de pueblo turco.

¡Jaldi-Baldi! ¡Vayamos a Azerbaiyán!

Yo tenía una carta dirigida al comisario del pueblo Mravian. Se la llevé a las secretarías a la residencia armenia, en la calle más limpia y más embajadora de Moscú.

Yo estuve a punto de ir a Erevan en comisión de servicio, enviado por el antiguo comisario del pueblo para impartir a tímidos jóvenes de cabezas redondas un terrible curso-seminario en la medersa.

Si hubiera ido a Erevan, habría pasado tres días y dos noches en estaciones de trenes con grandes cafeterías y habría comido canapés de caviar rojo.

¡Jaldi Baldi!

Habría leído por el camino el mejor libro de Zoschenko¹⁵ y me habría puesto alegre como un tártaro que lleva escondidos cien rublos.

¡Jaldi Baldi! ¡Vayamos a Azerbaiyán!

Habría llevado conmigo mi hombría en la cestita amarilla llena de ropa con olor a lejía y mi pelliza habría colgado de una percha dorada. Y habría descendido en la estación de Erevan, con la pelliza de invierno en una mano y un bastón de viejo —mi báculo hebreo— en la otra.

Hay un maravilloso verso ruso que no dejo de repetir en las noches de perro de Moscú, del cual huyen, como una alucinación, los espíritus malignos y cornudos. Adivinen, amigos, ese verso que escribe con los patines en la nieve, que chirría con la llave en la cerradura, que dispara frío en la habitación:

...no fusilaba a los desgraciados en las mazmorras...¹⁶

Ese es el símbolo de la fe, el canon del escritor de hoy, enemigo mortal de la literatura.

En la Casa de Herzen hay un vegetariano lácteo, filólogo con la cabeza de chino que se pasea —jao, jao, shango, shango— cuando cortan las cabezas. Es de esa raza que anda de puntillas por la ensangrentada tierra rusa, es un tal Mitka Blagoi,¹⁷ un canalla del liceo, autorizado por los bolcheviques para guardar, por el bien de la ciencia, en un museo especial la cuerda con la que se ahorcó Esenin.

Y yo digo: ¡Váyase con los chinos, Blagoi, a Shanghai! ¡En China, allí está su sitio! ¡Qué era la madre Filología y en qué se ha convertido! Era toda sangre, toda intransigencia y se ha convertido en una bastarda domesticada.

A la nómina de los asesinos de poetas rusos o de candidatos a asesinos se añadió el pálido nombre de Gornfeld. Este D'Antes parálítico,¹⁸ este tío Monia de la calle Bassein, predicador de la moralidad y del Estado, ha cumplido el mandato social de un régimen totalmente ajeno a él y al que considera algo parecido a una indigestión.

Morir de la mano de Gornfeld es tan divertido como morir a causa de una bicicleta o del pico de un papagayo. Pero, hasta un papagayo puede ser un asesino literario.

A mí, por ejemplo, por poco me mata un papagayo llamado Su Majestad el rey Alberto y Vladimir Galactionovich Korolenko.¹⁹ Estoy muy contento de que mi asesino esté vivo y de que, en cierto sentido, me sobreviva. Le alimento con azúcar y escucho, con mucho gusto, como destaca del *Eulenspiegel*:²⁰ "la ceniza golpea en mi corazón", alternando esta frase con esta otra no menos bella: "no hay en el mundo tormento más intenso que el tormento de la palabra". Una persona capaz de titular su libro *El tormento de la palabra*, ha nacido con el sello de Caín de asesino literario estampado en la frente.

Yo sólo vi una vez a Gornfeld en la redacción de un pequeño periódico sin ideas, donde se amontonaba, como en la cafetería *Kvisiana*, algunos fantoches. En-

tonces aún no había ideología y nadie se quejaba si te ofendían. Cuando recuerdo ese orfelinato —¿Cómo pudimos vivir entonces— se me llenan los ojos de lagrimones. Alguien me presentó a ese crítico bípedo y le estreché la mano.

¡Abuelito Gornfeld! ¿Por qué fuiste a quejarte al *Boletín Bursátil*²¹ en el año soviético 1929? Mejor habrías hecho en llorar al señor Propper, en el chaleco limpio de la literatura hebrea mejor habrías hecho en revelar tu desgracia al banquero con ciática, con el *Kugel* y con el Taled.²²

Hay una secretaria —es, en verdad, verdaderamente, una auténtica ardillita, un pequeño roedor. Ella roe las nueces delante de cada visita y se abalanza al teléfono, como una madre con poca experiencia a su bebé enfermo.

Un canalla me dijo que "verdad" significa en griego *mrija*, "quimera".²³

Aquí está la ardillita blanca —es la verdadera verdad— con unos zapatones griegos y al mismo tiempo ella es otra verdad: la cruel virgen miembro del Partido, la verdad del Partido.

La secretaria, asustada y comprensiva, como una hermana de la caridad, no sirve para nada, pero vive en el umbral del gabinete, en la antesala del teléfono. Pobre Mrija de vestíbulo con el teléfono y el clásico periódico.

Esta secretaria se distingue de las demás en que se siente como una enfermera en el umbral del poder, protegiendo a quien usurpa el poder como a un grave enfermo.

¡No! ¡Permitame, al menos, juzgar! ¡Permitame hacer mención en el acta! ¡Denme, por así decirlo, a conocer el caso! La instrucción judicial todavía no ha terminado y me atrevo a asegurar que no terminará nunca. Lo que sucedió anteriormente sólo es la obertura. Incluso la cantante Bosio²⁴ cantará en mi proceso. Barbudos estudiantes con mantas a cuadros, mezclados con los gendarmes entre los peregrinos, dirigidos por un maestro de capilla cabrón, saliendo de un éxtasis violento como la danza "Eterna Memoria",²⁵ transportara el féretro policial con los restos mortales de mi caso desde la sala ahumada de un juzgado de las afueras:

¡Papá, papá, papaito!

¿Dónde está tu mamaita?

La viruela negra

vino desde la Federación de Escritores

Tu mamá se quedó tuerta,

un hilo mortal cose el caso.

¡Alexander Ivanich Herzen!²⁶ Permítame que me presente... Parece que en su casa... Usted como propietario es, en cierta medida, responsable de...

¿Deseaba salir al extranjero? Mientras que aquí todavía hay incomodidades.

¡Alexander Ivanich! ¡Amo! ¿Cómo puede ser? No tener a nadie a quien dirigirse...

12

En cierto año de mi vida, unos hombres adultos de una tribu a la que odio con todas mis fuerzas y a la que no quiero pertenecer y nunca perteneceré, tuvieron la intención de cometer en mi persona un repugnante e infame ritual colectivo. El nombre de este ritual es la circuncisión o deshonor literaria, la cual se realiza según las costumbres y las necesidades de calendario de la tribu de los escritores. Además, se supone que la víctima es elegida por los más viejos.

Precisaré que el oficio de escritor en el sentido en que se usaba en Europa y particularmente en Rusia, es incompatible con el título honorífico de judío, del cual estoy orgulloso. Mi sangre, viscosa por la herencia de pastores, patriarcas y reyes, se rebela contra los recelos zingaros de los descendientes de escritores. Siendo todavía un recién nacido, me raptó un estimado campamento de *romanis*²⁷ mal lavados y desperdicié unos cuantos años por sus itinerarios obscenos, esforzándome por aprender su único oficio, su única ocupación, su único arte: el robo.

Los escritores son de una raza de piel maloliente y que tiene las más sucias formas de preparar los alimentos. Es una raza nómada que pasa la noche sobre sus vómitos, desterrada de las ciudades, perseguida en los pueblos, pero en todas partes y ocasiones cercana al poder, que le asigna un lugar en los barrios chinos, como a las prostitutas.

El escritor es un híbrido de papagayo y de pope. Es un loro en el más alto sentido de esta palabra. Habla francés cuando el dueño es francés, pero, si es vendido en Persia, dirá en persa: "loro cretino", "el loro quiere azúcar".

El papagayo no tiene edad, no conoce el día y la noche. Si el dueño se harta, le ponen un paño negro y eso es para la literatura un sucedáneo de la noche.

13

Había dos hermanos Chénier,²⁸ el menor, despreciable, pertenece plenamente a la literatura; el mayor, ejecutado, la mató él mismo.

A los carceleros les gusta leer novelas y necesitan la literatura mucho más que otras personas.

En cierto año de mi vida, unos hombres barbudos con gorros de piel alzarón sobre mí un cuchillo con el propósito de castrarme. A juzgar por su aspecto, eran

de la tribu de los sacerdotes: despedían un olor a cebolla, a *romani* y a piel de cabra. Todo era horrible como en un sueño infantil.

Nel mezzo del cammin di nostra vita,²⁹ a mitad del camino de la vida, fui detenido en el espeso bosque soviético por unos delincuentes que se decían mis jueces. Eran viejos de cuello arrugado y cabeza de oca, indignos de llevar el peso de los años.

La primera y última vez en la vida en que tuve necesidad de la literatura, ella me estrujó, me hincó sus garras y me apretó, y todo fue horrible como en un sueño infantil.

14

Soy moralmente responsable de que la editorial ZIF³⁰ no haya llegado a un acuerdo con los traductores Gornfeld y Kariakin. Soy un peletero de pieles preciosas; yo, casi asfixiado por la peletería literaria, soy moralmente responsable de haber infundido en un bribón petersburgués el deseo de citar como una anécdota difamatoria la cálida pelliza de Gógol, arrancada de noche en la plaza de las espaldas del viejo miembro del *Komsomol* (Juventudes Comunistas), Akaki Akakievich.³¹ Me quito mi pelliza literaria y la pisoteo. Enfundado en una chaqueta y con treinta grados bajo cero, daré tres vueltas por el anillo de bulevares de Moscú. Huiré del hospital amarillo del pasaje del *Komsomol* al encuentro de una pleuresía, con un resfriado de muerte, para no ver las doce ventanas judías iluminadas de la casa obscena en el bulevar Tverskoi, para no oír el tintineo de las monedas de plata y la cuenta de la hojas escritas a máquina.

15

¡Estimados *romanis* del bulevar Tverskoi!

Hemos escrito juntos una novela, con la que ni siquiera soñasteis.

Me gusta mucho encontrar mi nombre en los papeles oficiales, en los protocolos, en las citaciones judiciales y en otros documentos ingratos. Aquí el nombre suena de forma totalmente objetiva. Es un sonido nuevo para el oído y, hay que decirlo, muy interesante. A veces siento curiosidad por ese yo que no hace nada: ¿Qué tipo es ese, el tal Mandelstam, quien desde hace un montón de años debería haber hecho algo y que de todo huye?

¿Cuánto tiempo va a seguir huyendo?

Precisamente por eso, no pasan los años para mí: otros son más respetables cada año que pasa y yo, por el contrario, estoy a contracorriente del tiempo.

Soy culpable. No puede haber aquí dos opiniones. No huiré de la culpabilidad. Vivo en la insolencia. Me salvan los subterfugios.

¿Cuánto tiempo debo seguir huyendo?

Cuando llega una orden de hojalata o un aviso, griego por su simplicidad, de una organización social, cuando exigen de mí que denuncie a los cómplices, que deje de robar, que indique de dónde saco dinero falso y que entregue una declaración jurada de que no saldré de las fronteras prescritas para mí, yo, por un momento, estoy de acuerdo, pero al cabo de un instante, como si no fuera nada, comienzo de nuevo a huir, y así sucesivamente.

En primer lugar, salí huyendo de allí y es preciso que vuelva, me instale, me descubran y me orienten. En segundo lugar, me toman por otra persona. No tengo fuerzas para denunciar. En mis bolsillos hay basura, notas cifradas del año pasado, teléfonos de familiares muertos y direcciones de no sé quién. En tercer lugar, he firmado un contrato grandioso e incumplible con Belcebú, con las GIZ (Ediciones Estatales), en papel Whatman manchado de pimienta y mostaza, de polvo de esmeril, en el que me comprometo a devolver por partida doble todo lo que he adquirido, a eructar por partida cuádruple todo aquello de lo que me he apropiado ilegalmente y a hacer dieciséis veces seguidas todo lo imposible, lo impensable, lo extraordinario, con lo que podría justificarme en parte.

Cada año que pasa soy más insensible. Como la pinza de acero de un controlador, estoy totalmente acibillado y marcado por mi apellido familiar. Cuando me llaman por el patronímico, me estremezco. De ninguna manera me puedo acostumbrar. ¿Qué hacer? ¡Si al menos alguien hubiera dicho por una vez en la vida: ¡van Moiseich! ¡Eh, Iván, cepilla a los perros!¹ ¡Mandelstam, cepilla a los perros! En francés: cher maître, querido maestro. Y a mí, ¡Mandelstam, cepilla a los perros!. A cada uno lo suyo.

Soy una persona envejecida, cepillo a los perros del Señor con lo que queda de mi corazón, y no les basta, no les basta. Los ojos de los escritores rusos me miran con perruna ternura y suplican: ¡Revienta! ¿De dónde viene esta maldad lacayuna, este desprecio servil hacia mi nombre? Un zingaro tiene al menos un caballo. Yo soy en una sola persona el caballo y el zingaro...

¡Avisos de hojalata bajo la almohada! El contrato número cuarenta y seis en lugar de una corona y cien mil cigarrillos en vez de cirios...

16

Por mucho que trabaje, aunque llevara un caballo en la espalda, aunque hiciera girar una rueda de molino, daría lo mismo: nunca seré un trabajador. Mi trabajo, cualquiera que sea su expresión, es considerado como travesura, ilegalidad, fruto del azar. Pero ese es mi deseo y estoy de acuerdo con eso. Lo suscribo con las dos manos.

Aquí hay otra aproximación: para mí en una rosquilla lo que tiene valor es el agujero ¿Y la pasta de la rosquilla? La rosquilla se puede tragar, pero el agujero permanece.

El trabajo auténtico es un encaje de Bruselas. En él lo esencial es aquello que sostiene el dibujo: el aire, los agujeros, las ausencias injustificadas...

Pero a mí, hermanos, el trabajo no me sirve de provecho. No se me toma en cuenta.

Nosotros tenemos una biblia del trabajo, pero no la apreciamos. Son los relatos de Zoschenko. A la única persona que nos ha mostrado cómo son los trabajadores, la hemos hundido en el lodo. Yo exijo monumentos para Zoschenko en todas las ciudades y pueblos o, al menos, como para el abuelo Krylov,² en el Jardín de Verano.

He aquí alguien en quien las ausencias respiran, en quien los encajes de Bruselas viven.

Por la noche en la llinka,³ cuando los *Grum* y los *Trust* duermen y conversan en su lengua china natal, por la noche, a lo largo de la llinka corren las historias: Lenin y Trotski van abrazados, como si nada. Uno va con un saquito y una caña de pescar de Constantinopla en la mano. Los dos hebreos van juntos. Los dos son inseparables, una pregunta y el otro responde. El que pregunta lo pregunta todo y el otro elude todo, y no hay manera de separarles.

Va un organillero alemán con un instrumento de Schubert, como un miserable, como un vagabundo.

Duerme, querida... Es la Unión Moscovita de Consumidores.

Viy⁴ lee la guía telefónica en la Plaza Roja. ¡Alzeme los párpados! ¡Póngame con el Comité Central...

Va un armenio de la ciudad de Erevan con unas sandalias de color verde. *Ich bin Arm* —soy pobre.

Pero en Armavir, en el escudo de la ciudad está escrito:

El perro ladra, el viento sopla.


NOTAS

¹ Veniamin Fedorovich Kagan (1896-1953), profesor de Matemáticas, titular de la Cátedra de Geometría de la Universidad de Moscú. Era considerado un excelente traductor de textos matemáticos. En 1943 le otorgaron el Premio Stalin.

² Isaias Benedictovich Mandelstam, homónimo del poeta, era un traductor leningradense conocido en los años 20 por sus traducciones de Anatole France. Fue arrestado en 1938 y murió en un campo de trabajo en 1950. Fue él, quien en un encuentro casual en la calle, le contó a Mandelstam el caso de los cinco empleados de banca que iban a ser fusilados por malversación de fondos. Mandelstam, según cuenta su esposa en *La cuarta prosa*, removió todo Moscú para salvarles.

³ Alexei G. Venetsianov (1780-1847), pintor costumbrista ruso, famoso por sus retratos.

⁴ Komsomol, Organización de las Juventudes Comunistas, cuyo órgano de propaganda era el periódico *Moskovskij Komsomolec* (*El Komsomol de Moscú*) en el que trabajó Mandelstam desde agosto de 1929 a febrero de 1930.

- ¹ *La Caballería Ligera* se llamaba a los grupos de jóvenes comunistas (*Komsomoles*) que colaboraban con el gobierno soviético en la lucha contra la desorganización y el burocratismo en las cooperativas, oficinas y fábricas. Potenciada a partir de 1928, La Caballería Ligera comenzó a ocuparse también de la vida privada de los ciudadanos soviéticos, sobre todo, de los intelectuales.
- ² Giber era director del periódico *Moskovskaja Pravda* (La verdad de Moscú), cuya redacción se encontraba en el mismo pasaje que el *Moskovskij Komsomolec*.
- ³ Mandelstam se refiere al cuento *Guzar* (El Husar) del poeta romántico ruso Alexander Pushkin (1799–1837).
- ⁴ La *Caravana serrallo del Tsekubu* era la residencia del Tsekubu (Comisión Central para la mejora de las condiciones de vida de los científicos). El Tsekubu fue creado en 1921. En su residencia vivió Mandelstam en 1928.
- ⁵ Unión (*sojuz*). Así se llamaba corrientemente a la Unión Soviética.
- ⁶ Grin es el seudónimo de Alexander Stepanovich Grinevski (1880–1932), escritor famoso en los años 20 por sus novelas fantásticas. Después de su muerte, los Mandelstam entablaron amistad con su mujer.
- ⁷ La Casa de Herzen era la Sede de la Federación de las Uniones de escritores soviéticos desde 1920. Servía también como residencia de escritores y tenía un restaurante, famoso en todo Moscú.
- ⁸ Arkadi Gregorovich Gornfeld (1867–1941), crítico e historiador literario. Autor del libro *Muka slova* (El tormento de la palabra), publicado en 1906 y reeditado en 1927.
- ⁹ *Paginilla literaria* (*Literaturnaja stranichka*). Título de la columna periodística de Mandelstam en el *Moskovskij Komsomolec*.
- ¹⁰ Askanaz Mravian (1886–1929), comisario de Asuntos Exteriores de Armenia en 1920–1921. En 1923 fue nombrado Comisario de la Instrucción Pública y vicepresidente del Consejo de comisarios del Pueblo de Armenia. Ayudó a Mandelstam a instancias de Bujarin. Mandelstam hace un juego de palabras con su nombre *Mravian* y el adjetivo *muravian*, 'de hormiga'.
- ¹¹ Mijail Zoschenko (1895–1985), escritor satírico ruso.
- ¹² Versos de Esenin (1895–1925), poeta soviético.
- ¹³ Mitka Blagoi es Dmitri D. Blagol (1893–1984), historiador de la literatura. Autor de una *Historia de la literatura rusa del siglo XVIII*, así como de una serie de artículos sobre Pushkin. En 1928 fue nombrado director del Museo Literario de la Casa de Herzen. Entre los objetos de dicho museo se encontraba la cuerda con la que se ahorcó Esenin.
- ¹⁴ Gornfeld era paraltico de las dos piernas desde su infancia. D'Antes se llamaba el oficial que asesinó al poeta Alexander Pushkin en un duelo. Mandelstam considera a Gornfeld como su asesino literario.
- ¹⁵ Alusión a las colaboraciones de Gornfeld en la revista popular *Russkoe bogatstvo* (La riqueza rusa), dirigida por el escritor fuso Vladimir G. Korolenko (1853–1921), y a ciertos artículos de Gornfeld sobre Bélgica durante la Primera guerra mundial.
- ¹⁶ Till *Eulenspiegel*. Aventurero legendario, héroe de numerosos relatos tradicionales alemanes. Este relato popular fue adaptado sucesivamente por Immermann, Grabbe, W. Raabe, W. Busch, G. Hauptmann y Charles de Coster. La versión del *Eulenspiegel* que dio origen a la polémica había sido escrita por Charles de Coster, quien convirtió, en un estilo arcaizante, a *Eulenspiegel* en un héroe de la Independencia de Flandes (1867). La obra de Charles de Coster fue traducida al ruso por Gornfeld y por Kariakin. Mandelstam se había encargado de hacer una revisión de estilo para fundir ambas traducciones.
- ¹⁷ *Boletín bursatil* (Birzevyi Vadorosti). Fue el periódico más popular de Petrogrado (Petersburgo) antes de la Revolución de 1917. Era propiedad del banquero judío S. M. Propper.
- ¹⁸ El *Kugel* es un plato tradicional judío, hecho de patata o de pasta, que se suele tomar en la cena del viernes o en la comida del sábado. El *Taled* es el velo con que se cubren los judíos la cabeza y el cuello para rezar. Ambos objetos son citados por Mandelstam como símbolos del judaísmo. Gornfeld, el banquero Propper y el propio Mandelstam eran judíos.
- ¹⁹ Mandelstam alude irónicamente al novelista soviético Ivan Kataev (1902–1939), quien había nacido en Odessa (Ucrania), y que pudo haber definido como griega la palabra ucraniana *mrija*, que significa quimera. Mandelstam aprovecha el malentendido para hacer un juego de palabras irónico con el periódico *Pravda* (La verdad).
- ²⁰ Angilina Bosio fue una famosa cantante italiana nacida en 1824 en Turín y que llegó en 1855 a Petersburgo donde alcanzó grandes éxitos durante cuatro temporadas seguidas en el Teatro Imperial, y donde murió de pulmonía en 1859. La muerte de esta cantante es uno de los principales temas de *El sello egipcio* de Mandelstam.
- ²¹ "Eterna Memoria" es un canto fúnebre de la Iglesia Ortodoxa Rusa.
- ²² Alexander I. Herzen (1812–1870), escritor exiliado ruso. Mandelstam, anacrónicamente, se presenta a él como si estuviera vivo, haciéndole responsable de que su casa se convirtiera en sede de la Unión de Escritores Soviéticos. También ironiza Mandelstam sobre el exilio de Herzen, como si se tratara de una salida al extranjero.
- ²³ *Romanis* es el nombre que se dan a sí mismos los zingaros en su lengua.
- ²⁴ André Chénier (1762–1794), poeta francés ejecutado en 1794. Sobre su hermano mayor, Joseph-Marie Chénier (1764–1811), poeta y dramaturgo, escribió Mandelstam en 1922 el ensayo literario *Zametchi o Sen'e* (Notas sobre Chénier), incluido en *O poezii* (Sobre la poesía).
- ²⁵ Primer verso de la *Divina Comedia* de Dante.
- ²⁶ Acrónimo de la editorial *Zemlja i Fabrika* (Tierra y fábrica).
- ²⁷ Akaki Akatievich es el personaje principal del relato de Gógol "El Capote" (*Sinel*).
- ²⁸ Verso del poema de Nekrasov (1821–1876) que lleva el mismo título, ¡Eh, Iván, cepilla a los perros!
- ²⁹ Ivan Krylov (1769–1844), poeta ruso. Autor de fábulas de gran éxito en el siglo XIX.
- ³⁰ Calle comercial de Moscú.
- ³¹ Viy es un personaje de la cultura popular ucraniana. Jefe de los gnomos, sus párpados son tan largos que llegan hasta el suelo; cuando los alza, tiene el poder de designar todo lo que viene del mal. Gógol escribió la novela gótica *Viy*, basándose en esa tradición popular. 

El cuadro de Kandinsky que aparece en la portada de este número y "La cuarta prosa" de Mandelstam muestran dos caras opuestas de la cultura rusa de nuestro siglo. En un caso, las búsquedas y aventuras de la vanguardia; en el otro, la obra de un poeta perteneciente al movimiento acmeísta, cuyo espíritu se aproxima al de la poesía parnasiana del siglo XIX. Pero estas dos caras —la que se vuelve al pasado, la que se lanza hacia el futuro— tienen rasgos que hasta ahora se nos revelan. Tanto el grupo de composiciones al que pertenece el cuadro de Kandinsky como las páginas de Mandelstam habían sido sepultadas por la cultura totalitaria y sólo ahora salen a la luz.